Karem estaba dispuesta a todo con tal de salir cuanto antes de Bruselas.

—He dejado el automóvil en un taller, cerca de la estación... Iré a ver si está ya listo, y dentro de una hora estaré aquí para buscarla... ¡Pronto será de noche!...

—Pero... ¿cómo pasaremos?...

—¡Como mi esposa!... — Martín titubeó un tanto. No estaba acostumbrado a la aventura y aquella muchacha parecía tan distinta.

Karem abrió sus ojos interrogativamente. Como queriendo hurgar dentro de él. Se miraron en silencio y luego ella bajó los ojos. Un súbito rubor subía desde su cuello. Martín pensó que estaba encantadora.

—¡Busque el automóvil! —decidió ella—. ¡Dentro de una hora estaré lista!

Fué al hotel y preparó su breve equipaje. Sin querer miró a todas partes al salir a la calle, y tuvo la impresión de que era observado, pero no alcanzó a ver a nadie o al menos a distinguirlo entre la gente que transitaba.

El coche estaba listo; acomodó las valijas y sobresaltóse porque alguien estaba allí detrás de él. Se volvió, pero era sólo el mecánico. Le extrañó ver las manos de ese hombre, no parecían muy afectadas por el trabajo. Trató de desechar sus sospechas, diciéndose a sí mismo que tan sólo era efecto de su imaginación. Cuando llegó al lugar prefijado tuvo otro sobresalto. Miró con sorpresa a una clara rubia, que se introdujo en el automóvil, junto a él. Karem había conseguido un abrigo azul, que resaltaba el dorado de su cabellera.

Todo fué bien hasta que salieron de la ciudad.

—¡Nos siguen...! —anunció con miedo Karem—. Ella había estado observando desde hacía un momento el especto retrovisor. Dos ojos blancos se agrandaban paulatinamente allí. Martín aumentó la velocidad. Era un buen coche el suyo. Un Bentley sport, que le daba muchas satisfacciones. Quizá su único lujo comerciante. Aceleró. El camino pareció acercarse de golpe en un salto tremendo. Karem se arrimó a él. Su perfume era suave. Sus cabellos casi húmedos lo golpeaban en la cara. El sintió el calor de su cuerpo y de pronto al mirar hacia un costado le vió la faz arrebolada, los ojos brillantes, los labios entreabiertos. En un impulso súbito, irrefrenable la atrajo hacia sí y la besó. El coche tembló acercándose peligrosamente al borde de la carretera. Martín lo enderezó de golpe y entonces ella ya se había desasido y estaba en el otro extremo del asiento. Quiso disculparse, pero pensó que era inútil y se calló.

Los ojos blancos volvieron a aparecer y en ese instante, algo así como una llamarada, seguida de otra, partió del coche que los seguía.

—¡Nos están tirando...! — Karem volvió a su lado.

Volvieron a correr. Ahora Martín sabía que la aventura era peligrosa. Al llegar a una curva volvieron a repetirse los disparos. Una raya apareció sobe la capota, como si la hubieran cortado con una navaja. Una singular sen-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI0000607F03540000